

ganaban coronas en admirables certámenes, y brotaban del corazón de los hombres bizarros sagradas chispas de amor y de virtud: aquella era la patria del cantor.

« ¿Cómo se llama la patria del cantor? — Quéjase actualmente de la pérdida de sus hijos, bajo la mano extranjera que la azota. Un día se llamaba la libre Lamaña, el suelo amigo de los fuertes y de las encinas. Tal era el nombre de la patria en los antiguos tiempos.

« ¿Por qué llora la tierra del cantor? — Porque sus príncipes en la tormenta se llenaron de un terror desusado y profundo; porque su santa voz no los despierta, y los excita en vano al combate; por eso llora la tierra del cantor.

« ¿Qué pide la patria del cantor? — Levantando al cielo lamentos desesperados, pide auxilio á Dios, que permanece sordo á su suplica; pide la libertad que le han arrebatado, y una espada que apresure al fin la hora de la venganza; está implora la patria del cantor.

« ¿Qué quiere la patria del cantor? — Quiere morir ó vencer en la guerra; quiere ver exterminadas las hordas extranjeras, ó á lo ménos fuera de su territorio, y sustentar libre ciudadanos libres, ó que sus hijos mueran sin arrastrar cadenas; tal es el deseo de la patria del cantor.

« Entonces ¿qué espera la patria del cantor? — Espera en su santa causa, espera que el pueblo corra á tomar las armas, espera en la gran venganza celeste. El acero vengador ha brillado ya, y en él espera la patria del cantor. »

Véase cómo describe este poeta la marcha de las guerras nacionales, que empiezan por bandos:

La caza guerrera de Lutzow.

¿Qué ruido, á modo de tempestad, se oye entre las hojas de los bosques? ¿Qué es lo que se lanza de monte en monte? Silencio, es la nocturna emboscada: siento un grito de hurra y truenan los fusiles; caen las mercenarias legiones de Francia; y si queréis saber quiénes son aquellos negros cazadores: — Son la caza salvaje, la caza guerrera de Lutzow.

Robustos brazos bronceados hienden el río, y se apoderan del enemigo remo, y cuando alguno pregunta quiénes son aquellos negros nadadores: — Son la caza salvaje, la caza guerrera de Lutzow.

¿Quién muere á la luz del sol, sobre un lecho de enemigos espirantes? La muerte está impresa en las convulsiones de su rostro, y amenaza á sus compañeros; pero los valientes no temen las contorsiones de la muerte. ¡Se ha salvado la patria! y cuando preguntéis quiénes son aquellos negros moribundos: — Son la caza guerrera de Lutzow.

Son la caza salvaje, la caza alemana para los verdugos y los tiranos. No lloréis, pues, á los caídos, ¡oh vosotros que nos amáis! no lloréis.

La patria está libre y el áura de la libertad sopla hácia el Mediodía. ¿Qué importa que la hayamos pagado con nuestra sangre? De siglo en siglo se dirá: — Era la caza salvaje, la caza guerrera de Lutzow.

Los valientes y los cobardes.

« El pueblo se levanta, la nube se condensa. ¡Ay del flaco que permanece con las manos quietas! ¡Ay del cobarde que se esconde detrás de la estufa! ¡Oh! eres un miserable; para tí no tendrán mas besos las doncellas alemanas; ni sentirás mas la alegría de las canciones alemanas, ni te volverás á embriagar con el vino alemán. En cuanto á nosotros, ¡oh! bebamos, brindemos como hombres: dadme otra copa, y desenvainemos las espadas. »

El 29 de agosto de 1813 murió Förner combatiendo, á la edad de veinte y dos años. Poco antes de su muerte había compuesto *La canción de la espada*, la mas poética de todas y que respira todo el entusiasmo del jóven, del poeta, del guerrero:

« Dime, ¡oh buena espada! espada que traigo ceñida al costado, ¿por qué el rayo de tu mirada está hoy tan resplandeciente? Me miras con amorosos ojos. ¡Oh mi buena espada! ¡espada que forma mi alegría! ¡Hurrá!

— Mi mirada resplandece, porque un valiente me lleva, porque soy la fuerza de un hombre libre: esto forma mi alegría! ¡Hurrá!

— Sí, espada mia, sí; soy libre, y te amo con el corazón, te amo como á mi desposada, como si fueses mi dulce amiga. ¡Hurrá!

— Y yo me he entregado á tí; tuya es mi vida, tuya mi alma de acero. ¡Oh! pues que estamos desposados, ¿cuándo me dirás: Ven ¡oh! ven, amiga mia? ¡Hurrá!

— Al despuntar la aurora, en la hermosa mañana de las nupcias, cuando la trompa toque el aire festivo, cuando el cañon truene, entonces te diré: Ven, ven, amor mio. ¡Hurrá!

— ¡Oh! ¡qué hermoso día! ¡oh qué dulces abrazos! ¡cuánto tardan! Amigo mio, dime que venga. Bella soy y virgen, y me reservo para tí. ¡Hurrá!

— Amiga mia, mi hermosa amiga de acero, ¿por qué así te agitas en la vaina? ¿por qué anhelas tanto los combates? ¡Oh espada mia! ¿quién te hace saltar de ese modo? ¡Hurrá!

— ¿Por qué me agito en la vaina? Porque deseo el día de la pelea; porque tengo sed de sangre. Tal es la causa de mis saltos. ¡Oh caballero! ¡Hurrá!

— ¡Tregua, amor mio! Espera todavía. Permanece, ¡oh doncella! en tu vaina: muy pronto te diré que salgas. ¡Hurrá!

— ¡Ah! no prolongues la demora. ¡Que yo vea el campo de batalla, que yo vea ese jardín de amor, sembrado de rosas ensangrentadas! ¿Cómo se serena allí la muerte! ¡Hurrá!

— Ven, pues, ven, alegría del guerrero: ven,

esposa mia, yo te conduciré á la habitacion de mis padres. ¡Hurrá!

— ¡Estoy desenvainada! ¡Oh! ¡qué aire tan puro! ¡Salud, bailes nupciales! ¡Mira cómo mi acero resplandece al sol! La alegría de amor le hace brillar así. ¡Hurrá!

— Marchemos, amigos, ¡adelante, caballeros alemanes! ¡Cuánto tardan en arder vuestros corazones! Ea, tomad entre los brazos á vuestra amante. ¡Hurrá!

— Harto tiempo ha estado encogida á vuestra izquierda: que pase ahora á la derecha. Dios quiera que con la mano derecha se desposen los amantes. ¡Hurrá!

— ¡Sús, abrazad á vuestra esposa! Oprimid sus labios de acero con vuestros labios! Sús; que se cubra de vergüenza el que abandone á su amiga. ¡Hurrá!

— Y tú, amor mio, canta; haz brillar la luz de tus ojos: esta es la mañana de las nupcias. Hurrá, mi bella esposa, mi esposa de acero. ¡Hurrá!

Podríamos citar otras de varios, y en especial de las poesías corazadas (*Geharnische Sonette*) del fácil Rückert.

La canción léjos de adormecerse despues de la paz hirió en la frente á los nuevos opresores; pero se contenta á menudo con invocar el buen tiempo pasado y el antiguo derecho, como sucede en esta de Uhland, el poeta de las almas afectuosas:

« ¡Bate el suelo con robusto pié, y sé siempre bien venido! Te saludo como amigo; pon junto á la pared tu bordon y siéntate á la cabeza de esta mesa. ¡Honrad todos al huésped! Y tú concede reposo á tus fatigados miembros. Si la mano de la cruel venganza te expulsó del amado suelo natal, siempre podrás hallar bajo mi techo un asilo. Tan solo te suplico que respetes los derechos y usos que mis padres han establecido. »

La que sigue es tambien de Uhland:

Tres compañeros al pasar junto al Rhin, entraron en casa de una posadera. « Posadera, ¿tienes buen vino y buena cerveza? ¿Y tu hija, dónde está? »

— Fresco y claro es mi vino, y lo mismo la cerveza; pero mi hija yace en el ataud. »

Y cuando penetraron en el cuarto, la virgen yacia en la negra caja.

El primero levantó el paño mortuorio, y dijo contemplándola con ojos melancólicos: « ¡Ay! si aun vivieses, hermosa doncella, desde hoy te consagraria mi amor. »

El segundo, dejando caer el paño, apartó los ojos y lloró: « ¡Ay! verte extendida en el ataud, despues de amarte tanto tiempo! »

Pero el tercero lo volvió á levantar, y besando la lívida boca de la jóven, exclamó: « Yo te he amado siempre, te amo aun, y te amaré en la eternidad. »

Anterior y superior á todos estos, Göthe enseñó á apreciar las antiguas tradiciones, y dió vida al *Lied*. Solo que en él viste todas las formas sin cuidarse del objeto; de modo que sería fácil encontrar ejemplos de todas clases. Quizá el *Lied* era para él un mero epigrama, como este:

« Habíase helado un ancho estanque. Las ranas, perdidas en el fondo, no osaban ya cantar ni saltar; y en un sueño entre la velada y el sopor, pensaron que cantarían como ruiseñores, si podían hallar un sitio, aunque pequeño, sobre el hielo. Sopló el viento tibio; el hielo se derritió; las soberbias ranas bogaron, cogieron tierra, y se situaron circularmente en la orilla; pero su canto fué el mismo de siempre. »

Quando renació luego el peligro, la canción volvió á ser eco de los furores patrióticos, y todos hemos sido testigos del entusiasmo que se difundía por la juventud en 1840, cuando contestaba á las amenazas de la Francia la canción de Bekker: *No, no poseerán el libre Rhin*.

La reaccion del espíritu germánico contra los extranjeros, resucitó la afición á las canciones y á las tradiciones antiguas: de manera que en estos años se formaron muchas colecciones como la antigua de Herder. Ziegler (1) reunió en dos tomos las tradiciones sobre los monumentos austríacos: y ya antes las habian recopilado Uhland (2), Arnim y Clemente Brentano (3), Gorres (4), luego últimamente Firmenich (5), Soltau (6), Erlach (7), F. M. Körner (8) y Fernando Wolf (9). Gunter publicó las canciones suevas, silesias y austríacas (10): además, muchos se dedicaron á recoger las tradiciones y los cantos populares de países extranjeros, como los de Rusia Göthe, de Dinamarca Grimm, de Suecia Monike, de Servia Talvij, el cual llevó á cabo tambien una interesante obra acerca de la poesía popular en general (11).

§ 3. CANTOS HOLANDESES.

La Holanda, habiendo perdido sus tradiciones originales, no repite ya sino aires italianos

(1) *Vaterländische Immortellen*.

(2) *Alle north-und niederdeutsche Lieder*.

(3) *Der Knaben Wunderhorn*.

(4) *Altdeutsche Volks- und Meisterlieder*.

(5) *Germaniens Völkerstimmen*; 1845.

(6) *Einhundert deutsche historische Volkslieder gesammelt und in urkundlichen Texten chronologisch geordnet*, 1836.

(7) *Volkslieder der Deutschen; eine vollständige Sammlung der vorzüglichsten deutschen Volkslieder von der mitte des XV bis in die criste Hälfte des XVI Jahrhundert*, 3 vol. 1834-36.

(8) *Historische Volkslieder aus dem XVI und XVII Jahrhunderts nach den in der K. Biblioth. in München vorhandenen Blättern herausgegeben*; 1840.

(9) *Über die Lays*.

(10) *Gedichte und Lieder in verschiedenen deutschen Mundarten*.

(11) *Versuch einer geschichtlichen Charakteristik der Volkslieder germanischen Nationen*. Leipsick, 1840.

ó franceses; pero, hace cincuenta años, la aldeana del Escalda sabía cantos comunes á los que viven en las orillas del Necker, del Rhin Superior, y en los valles daneses, como testimonio de fraternidad.

Al paso que en Holanda no alcanzó gran fortuna la poesía culta y del mundo elegante, la popular, en medio de tantas agitaciones, se mostró llena de ira, de piedad, de heroísmo. La mejor coleccion son las *Horæ belgicæ* del profesor Hoffmann de Fallersleben. (Breslau, 1830-33.)

Las canciones mas especiales de la Holanda se apoyan en la Biblia, y se cantaban en coro; Cristo y los patriarcas antiguos aparecian en ellas á modo de ciudadanos de Amsterdam, y á veces hasta se hacian ridículos. San Pedro tiene todos los defectos de un portero. Una vez, yendo él y Cristo de viaje, se encontraron una herradura de caballo rota. Cristo le mandó que la cogiese; pero Pedro no quiso abatirse á tanto; y el Mesías la levantó y la vendió á un herrero en tres sueldos. Con estos compró cecezas, y continuando el viaje, cuando todos estaban cansados y sedientos, dejó caer algunas, y San Pedro las recogió y apagó su sed con ellas. Jesus entónces le advirtió que no deben despreciarse las cosas pequeñas, pues suelen dar resultados importantes (1).

En una leyenda atribuida á Hans Sach, San Pedro, regañon incesante, se queja de que las cosas marchen tan torcidas, y Cristo le confia por veinticuatro horas el cetro del mundo. Aparece en esto una vieja, con una cabra detras, á la que dice: «Vé, querida, que Dios te proteja contra los lobos y las saetas. Mis pobres hijos están en la cabaña aguardando por el pan, y no puedo abandonarlos: vé, pues, sola; ¡oh cabra mia!

— ¿No oyes á esa infeliz mujer? dice el Salvador á San Pedro. Á ti te incumbe cuidar de la cabra, ya que hoy eres tú el Dios misericordioso.»

San Pedro se pone á cuidar de la cabra, y como es viva y hace calor, el pobre santo se encuentra muerto de fatiga, despues de correr el peligro de romperse el cuello al traves de aquellos precipicios; con lo que se convence de que es necesario dejar á Dios el gobierno del mundo.

En otra, un sastre quiere entrar en el cielo; y aunque San Pedro se lo impide, él logra introducirse por la puerta secreta. Habiéndose situado allí un dia que el Padre Eterno habia ido á tomar el aire con sus ángeles, el sastre se asomó á la ventana por dónde Dios solia mirar las cosas del mundo; y viendo á otro sastre robar un trozo de paño de un corte de vestido, fué tal su indignacion que le arrojó no sé qué cosa y le rompió la cabeza. El Padre Eterno le dijo, reprendiéndole: «¿Qué sería de ti, si yo hubiese estado contigo tan severo?»

(1) Góthe se ha aprovechado de esta cancion.

Tal era el estilo de la edad média, cuando Alberto Durer y Cranach pintaban á Dios con la pipa en la boca y en bata bordada de flores, paseándose por el paraíso terrenal.

En otras canciones se refieren menudamente los cuidados domésticos de María y de Jesus en la pobre casa de Nazaret, sin olvidar ninguno de los pormenores de la cocina, y comunicándoles, como en sus pinturas, aquel humilde espíritu de familia que es característico de ciertas ramas de las estirpes teutónicas: de modo que estas canciones, ademas de la curiosidad literaria, se enlazan á la filosofía y á la historia.

Las poesías mas antiguas son aspiraciones místicas hácia Dios y la Sabiduría encarnada, contemplándola á veces con el ardor con que se admira una hermosura terrestre.

La hija del sultan.

Oid, vosotros que estáis llenos de amor: os entonaré un cántico, un cántico de amor y de concordia, un cántico de cosas grandes y bellas. La hija de un sultan, educada entre gentiles, fué al despuntar la aurora á pasearse por el parque y el jardin.

Iba reuniendo las variadas flores que veía, y se decia á sí propia: «¿Quién ha podido hacer estas flores, y recortar con tanta gracia sus hermosas hojas? ¡Oh! ¡qué gusto tendria en saberlo!

» Le amo ya de todo corazón. Si supiera dónde habia de encontrarle, abandonaria el reino de mi padre para seguirle.» Á média noche llega Jesus, y dice: «Doncella, abre.» La jóven se levanta del lecho, y corre apresuradamente.

Abre la ventana, y ve al buen Jesus, radiante de belleza. Le mira con ternura, y luego, inclinándose ante él, le pregunta: «¿De dónde venís, noble y majestuoso jóven?

» ¿Qué corazón no arderia por vos? ¡Sois tan hermoso!» — Y él: «¡Oh, doncella! te conozco; conozco tu amor. ¿Quieres saber quién soy? Soy el que ha creado las flores.

— ¿Sois de veras, ¡oh poderoso Señor! aquel en quien he puesto todo mi cariño? ¡Cuánto tiempo os he estado buscando! Y ahora que os halláis aquí, ya nada me detiene. Iré con vos: que vuestra mano me conduzca donde os agrade.

— Doncella, si quieres seguirme, es preciso dejarlo todo, padre, riquezas y palacio.

— Vuestra belleza es para mí mas preciosa que todo. Os he elegido, os amo; nada hay en la tierra tan hermoso como vos. Permitid, pues que os siga adonde gustéis. El corazón me ordena amaros, y quiero ser vuestra.»

Jesus tomó de la mano á la jóven, que abandonó aquellos países gentiles, y atravesaron juntos los campos y los prados. Por el camino hablaban alegremente, y la doncella le pre-

guntó su nombre. «Admirable, respondió, es mi nombre: con su poder cura el corazón enfermo. Tú podrás leerlo en el excelso trono de mi padre.

» Dame todo tu amor, conságrame tus sentimientos, tu espíritu. Mi nombre es Jesus. Los que me aman lo conocen plenamente.» La jóven clavó en él sus tiernos ojos, y arrodillándose le juró fidelidad.

«¿Cómo es vuestro padre, oh mi bello esposo? Perdonadme la pregunta.

— Mi padre es riquísimo; le obedecen la tierra y el cielo; el hombre, el sol, las estrellas le tributan homenaje; un millón de ángeles se inclinan ante su trono, sin atreverse á levantar los ojos.

— Si vuestro padre es tan poderoso y elevado sobre todos nosotros, amado mio, ¿cómo es vuestra madre?

— Jamas ha habido en el mundo mujer tan pura: llegó á ser madre de una manera admirable, sin cesar de ser virgen.

— ¡Oh! si vuestra madre es tan bella é inmaculada, ¿de qué país venís?

— Vengo del reino de mi padre, donde todo es alegría, hermosura, virtud. Allí pasan millares de años como un dia, y otros millares de años les suceden, llenos de reposo y de felicidad.

— ¡Señor! ¡qué prodigios me reveláis! Apresurémonos, pues, ¡oh rey mio! á llegar á la mansion de vuestro padre.

— Permanece pura y sincera, y te daré mi reino, en el que vivirás eternamente.»

Continuaron su camino al traves de campos y prados, y llegaron á un convento, donde quiso entrar Jesus. «¡Ay! dijo la jóven, ¿vais á abandonaros? Si no vuelvo á oír vuestra dulce voz, me consumiré continuamente.

— Aguárdame aquí; necesito entrar en esta casa.» Y en efecto entró, dejándola á la puerta. La doncella, cuando cesó de verle, derramó un amoroso llanto.

Pasó el dia, vino la noche, y ella siguió esperando; pero su amado no parecia. Entónces, acercándose al convento, llamó y dijo: «Abridme la puerta; mi amado está ahí.»

El guardian abrió y vió aquella jóven tan bella y majestuosa. «¿Qué queréis? le preguntó. ¿Por qué vais tan sola? ¿Qué significan esas lágrimas? ¿Qué dolor os aflige?

— ¡Ay de mí! Aquel á quien tan tiernamente amo, me ha abandonado. Ha entrado en esta casa, y hace mucho que le aguardo. Decidle que salga, y que venga hácia mí, antes que mi corazón se despedace, porque es mi prometido.

— Hija mia, el que os dejó, no ha entrado aquí: no sé quién sea vuestro amado, pues no le he visto.

— Padre ¿por qué me le ocultáis? Aquí está, sí: al separarse de mí, me dijo: Éntro en esta casa.

— Pero decidme cómo se llama, y sabré si le conozco.

— ¡Ah! no puedo decirlo: he olvidado su

nombre; pero es hijo de rey, rige un inmenso imperio, tiene el vestido de color celeste, salpicado de estrellas. Su rostro es blanco y rosado, sus cabellos rubios como el oro, y todas sus acciones revelan tanta dulzura y maravilla que en el mundo no hay nada que se le asemeje. Venía del reino de su padre, y ahora queria llevarme á él; pero ha partido ¡ay de mí! Su padre tiene el cetro del cielo y de la tierra, y su madre es una virgen bellísima y castísima.

— ¡Ah! (exclamó el portero); es Jesus, nuestro Señor!

— Sí, sí, padre mio; á Jesus es á quien amo, á quien busco.

— Pues bien, si Jesus es vuestro esposo, os le mostraré. Venid, venid; habéis llegado al término de vuestro viaje. Entrad en nuestra casa, ¡oh jóven esposa! ¿De dónde venís? Sin duda de país extranjero.

— Soy hija de un rey. Fuí educada en medio de las grandezas, y lo abandoné todo por aquel á quien amo.

— Hallaréis mas de lo que dejasteis junto al que es origen de todos los bienes, de Jesus, vuestro amor. Entrad, y seguid mi consejo. Yo os conduciré á Jesus; pero renunciad á todas las grandezas paganas; renunciad al cariño de vuestro padre; olvidad la patria y el gentilismo, pues que debéis ser cristiana.

— Sí, padre; me someto á todo. Mi amor es lo que mas quiero, y no hay sacrificio capaz de aterrarme.»

Entónces el fraile le enseñó la verdadera fe y la ley de Dios, y le refirió la historia de Jesus desde su nacimiento hasta su muerte. La doncella consagró su alma á Dios. Consumiase por ver á Jesus, su amado, y le aguardó mucho tiempo; pero, cuando estaba próxima á morir, Jesus se le apareció.

Y tomándola suavemente de la mano, la condujo á su hermoso reino, donde ha ceñido corona de reina, disfruta de cuantos goces puede el corazón desear, y pasan por ella miles de años, cual si se tratase de un dia.

Dejo aparte los cantos de guerra y de oficios mecánicos, semejantes á los de Alemania, y tambien las baladas, sombrías como las germánicas, dolientes hasta en la alegría, llenas de un sentimiento profundo y grandioso del amor, que encuentra su dicha en la contemplación. Una mujer que no puede corresponder al que ama, en el momento de abandonarle le dice: «No seré mas que tu novia; nuestras nupcias se consumarán en el cielo.» Una doncella se condena á permanecer siete años en la cabaña de un leproso, para aguardar allí á su amante. Tres andan descalzas por la nieve, y no sienten el frio porque hablan de su amor; y mientras una llora la muerte de su amigo, las otras le aconsejan que elija otro; pero ella exclama: «¡Oh! no; la alegría no entrará en mi corazón. ¡Oh! no; no podré amar á otro.

« Adios; voy á morir bajo el sitio donde mi amigo ha muerto. » Un caballero vuelve de comarcas remotas, y al distinguir la torre de su castillo, otro caballero se le presenta, y le dice: « Tu mujer te es infiel: ¿ves este anillo? » « ¿no lo reconoces por suyo? » — Mientes, » responde el viajero, y sacando la espada le mata. Sin embargo, al considerar aquel anillo, cree en las palabras del caballero, y se adelanta respirando furor y venganza. Pero su mujer le sale á recibir con voz y mirada angélicas, y lleva en el dedo el anillo nupcial: al verlo, la estrecha contra su pecho, y cae de rodillas para dar gracias á Dios.

Una jóven se levantaba temprano, y se paseaba á la sombra de los tilos, aguardando en vano á su amante; la infeliz permanecía con la cabeza entre las manos y los ojos arrasados en llanto. Un caballero la vió al pasar y le dijo: « ¿Qué hacéis aquí sola, hija mia? ¿Venís á cortar los árboles, ó á regar flores? — No; » no vengo á cortar los árboles ni á coger las flores; hace siete años que espero al que me ama, y no he recibido noticias suyas. — Si no habéis tenido noticias suyas, yo le conozco: está en Zelanda, amando á muchas mujeres y de muchas amado. » La pobrecilla no exhaló un gemido, no dejó oír una reprensión. « ¡Ojalá sea feliz! ¡Ojalá que las que le aman sean también felices! que sus alegrías sean tantas como estrellas hay en el cielo! » « ¿Qué trae el caballero debajo de la capa? Trae una hermosa cadena de oro: — Os la daré con tal que no volváis á pensar en vuestro amor. — Si esa cadena de oro tuviese la longitud suficiente para unir la tierra con el cielo, no me induciríais á ser infiel al que he amado, y aguardado durante siete años. »

En los sentimientos caballerescos de aquellos amores desaparece toda distinción de clases; y el margrave da la mano á la hija del labrador que trabaja en sus tierras, y tan pronto como la pastora deja las ovejas y se traslada al palacio, caballeros y barones le tributan homenaje: en cambio, no se inclinarian nunca ante un rival, ni perdonarian una venganza. El conde de Flóris ha seducido á la esposa de Gerardo de Welsen, y este le mata. Pero despues los amigos del conde quieren vengar su muerte, y apoderándose de Gerardo le torturan, y le encierran dentro de una pipa erizada de clavos: luego le preguntan: « ¿Qué tal te encuentras ahora, oh Gerardo el Grande? » y él contesta: « Me encuentro como cuando mi mano dió muerte á vuestro amigo el conde de Flóris. »

Las dos baladas que van á continuacion muestran en la práctica tales sentimientos.

Los dos hijos de reyes.

Un hijo y una hija de reyes se amaban de todo corazon; pero no podian reunirse, á causa de estar separados por un rio profundo.

Una tarde la jóven colocó tres antorchas junto al agua, para guiar á su amado; pero una vieja, una malvada vieja, apagó las tres luces, y el hijo del rey se ahogó.

« ¡Oh madre mia! gritó la doncella, mi buena madre, la cabeza me duele mucho. ¿No podria salir á pasearme á orillas del rio. »

— Hija mia, así sola no te lo permito; llama á tu hermanita y dile que te acompañe.

— Mi hermana es muy niña aun: se para á coger todas las flores que encuentra en el camino, y no deja mas que las hojas. La gente dice: ahí tenéis lo que hacen las hijas del rey. »

La madre se fué á la iglesia, y la hija salió y anduvo por la orilla del rio hasta que encontró al pescador de su padre.

« ¡Oh pescador, pescador mio! ¿quieres echar las redes al agua? Te compensaré por ello. »

El pescador echó las redes, las dejó ir al fondo, y sacó al hijo del rey.

La jóven se quitó un anillo de oro y lo regaló al pescador, diciendo: « Toma, en pago de tu fatiga. »

Luego tomó en brazos á su amante, y le besó en los labios. « ¡Oh, mi boca querida! ¿por qué no has de poder hablar? ¡Oh mi pobre corazon! ¿por qué no has de latir aun? »

Y abrazada con el cadáver de su amante se arrojó al agua, exclamando: « ¡Adios padre, adios madre! no volveréis á verme. »

« ¡Adios, padre, adios, madre, y cuantos me amáis! ¡Adios, hermanos míos! Me voy al reino del cielo. »

El rapto.

« Si todas las montañas fuesen de oro, si el agua de todos los rios se convirtiese en vino, te amaria aun mas que á los rios y las montañas. »

— Si me amáis como decís, id á ver á mi padre y pedidme en casamiento.

— Ya te he pedido, y tu padre ha contestado negativamente. Resuelve tú misma, y sígueme.

— Me resolveria quizá; pero ¡hay tan poca fe en los hombres! Si me abandonáseis, me quedaria sin amigos.

— No te abandonaré sino con la muerte. Eres hija de rey, ¡eres una rosa tan fresca! »

Ambos se cogen de la mano, se dirigen á la sombra de los tilos, y la jóven llega á ser madre.

« Estoy débil y enferma; ruego á la Virgen María que venga en mi auxilio. »

El amante le responde: « Quisiera que hubieses dado á luz la criatura, y que estuvieses sepultada bajo el verde tilo. »

— Si tú deseas verme enterrada, yo quisiera verte á ti ahorcado. »

El caballero levanta la mano, y le da un bofetón tan fuerte que la derriba en tierra.

« Me habéis pegado sin merecerlo, le dice

ella, de aquí á siete años acudiréis á mí. »

Al cabo de siete años el caballero, enfermo de lepra, va á pedirle limosna, encontrándose necesitado.

La mujer llama á su hijo: « ¡Oh hijo! da una silla á tu padre; yo le he visto cuando era un altivo caballero. »

« ¡Oh hijo! llévale pan; yo le he visto cuando de nada necesitaba. »

« ¡Oh hijo! llévale cerveza; yo le he visto cuando era un noble soberbio. »

« ¡Oh hijo! llévale vino; yo le he visto cuando era el amado de mi corazon. »

El padre de la mujer, que estaba escondido detras de la puerta, oye estas palabras, y desvainando la espada, se avalanza al caballero y le corta la cabeza. Despues, tomándola por los cabellos, y arrojándola á los piés de su hija, le dice: « Tómallo y derrama sobre ella tus lágrimas. »

— ¡Ay! responde la triste, si fuese á llorar cuanto debo, lloraria todos los dias del año (1). »

Á veces las mujeres cantan los heroicos hechos de Hooff Hasselar, heroína de Harlem, que en el sitio puesto por los Españoles en 1572, condujo las mujeres á las murallas para resistir al enemigo, y de Werf, burgomaestre de Leiden, que, en el hambre durante el sitio de 1574, salió al encuentro del pueblo, que se habia sublevado, diciendo: « No tengo pan, pero tomad mi cuerpo y coméoslo; » con lo cual cobraron de nuevo valor y resistieron.

§ 4. CANTOS SUIZOS.

El heroico suizo, amante de la patria hasta el punto de que, separándose de ella, muere de una consunción particular, que no envidia las conquistas de otros pueblos, si bien es el terror de los que piensan conquistarlo, ha celebrado con sus cantos populares la reunion del Rutli, el orgullo domeñado de los condes de Toggenburgo y de Neufchatel, la victoria de Sempach en que Leopoldo de Austria cae bajo la maza de un ciudadano; luego las tres derrotas de Carlos el Temerario y el osario de Morat, la larga y desastrosa guerra de Suavia y las disensiones religiosas en que Tomas Schmoucher degüella friamente á su hermano Leonardo, como víctima expiatoria de los pecados del mundo.

El sentimiento predominante es la admiración de los sublimes horrores de la naturaleza y el ardiente deseo de la libertad, que por boca de Boner de Berna canta: « La libertad adorna la vida; la libertad infunde alegría y valor, ennoblece al hombre y á la mujer, enriquece al pobre; la libertad es el tesoro del honor, corona la palabra y la accion. »

La lengua es el antiguo suizo; el estilo sen-

(1) V. X. MARMER, *R. des Deux Mondes*, 1836.

cillo, grosero, despojado de imágenes y de erudicion. Empiezan sin el menor artificio: « Oid la anecdota que voy á contaros. — Oid la terrible historia que circula por el país. — Voy á cantaros una cancion, pero una cancion enteramente nueva. — En nombre de Dios así sea; en nombre de María principio el canto. — Os contaré las cosas mas curiosas que he oido. — Cantaré con alegría, y suplico á la Virgen María y á su hijo que me ayuden. »

Alguna vez concluye diciendo el nombre del autor, ó implorando la generosidad de los oyentes: « Esta cancion, ¡oh confederados! Juan Viol la canta libremente á vuestro honor y gloria, para que vuestros méritos sean conocidos donde quiera que se piense en vosotros. La persona que os canta esta cancioncilla ha viajado mucho. El buen vino está caro, y su bolsillo vacío. Por eso os cuenta su miseria y os ruega que contribuyáis á aliviarla. »

En seguida refiere ingenuamente el hecho, como un cronista crédulo y prolijo, sin olvidar la fecha. En la cancion á la batalla de Sempach: « Era el año 1386, cuando la gracia de Dios se nos manifestó de un modo maravilloso. El dia de San Cirilo protegió á los confederados, como voy á deciros y cantaros. »

La dedicada á la jornada de Grondson concluye: « Los confederados encontraron mucho oro y mucha plata. Encontraron un asiento todo de oro, y lo que mas les alegró fué el descubrir cuatrocientas buenas carabinas y cadenas de hierro. El duque perdió hasta el sello. Se halló un tejido de seda con coronas de perlas; en la sangre, una casulla y una mitra de obispo con viriles de oro, y su espada de oro, guarnecida de diamantes, que tambien perdió. Nunca, desde que Borgoña combate, ha sufrido mas amarga afrenta. »

En la batalla de Morat se complace en contar los heridos del enemigo, con un patriotismo que raya en crueldad:

« Á dos millas á la redonda se oyó el ruido de la batalla, á dos millas á la redonda el poder del duque quedó vencido y humillado, y la muerte de nuestros compañeros degollados en Grandsor fué vengada con sangre á dos millas á la redonda. »

« ¿Cuántos enemigos perecieron? No puede decirse con exactitud. Segun he oido, sesenta mil fueron degollados y veinte y seis mil anegados. »

« La pérdida de los confederados no pasó de veinte hombres, señal clara de que Dios protege dia y noche á los hombres valientes y piadosos. »

Canto de Berna despues de la batalla de Nyon.

« Alégrate, ¡oh Berna! pues Dios se ha manifestado á favor de la salvacion de tus hijos; Dios se ha mostrado fiel; ¡Berná, tribútale gracias! »

« Nos odiaron porque glorificamos solamente tu nombre; pero tú te encargaste de vengar-